



Madrid 31 de Enero de 1862.

SUMARIO. ARTICULOS.—Figura de la Tierra, por don Juan Cuesta.—Madrid en 1862, por Sara.—Juan en la prosperidad, por don José S. Biedma.—La Infiel [Balada], por don Antonio Arnao.—La Paja, el Carbon y el Haba, por B.

GRABADOS. El Museo de Pinturas.—Juan á caballo.—La cruz del sepulcro.

LICEO DE LOS NIÑOS.

III.

FIGURA DE LA TIERRA.



En el pasado número espusimos nuestro parecer sobre el modo con que pudo ser formada la tierra; vamos á demostrar en el presente, con toda la claridad apetecible en verdades tan interesantes, la figura de nuestro globo; punto sobre el cual están de acuerdo todos los inteligentes en la materia.

2.^a SÉRIE.—Tomo I.

La tierra, dicen, es de figura redonda, ó mas bien tiene la forma de una naranja. Vamos, pues, á demostrarlo con las siguientes pruebas.

1.^a Si colocados en lo mas alto de una torre ó en el pico de la mas elevada montaña, tendemos en derredor nuestro una mirada, observaremos que á lo lejos, allá donde el cielo parece juntarse con la tierra, todo concluye en un círculo perfecto, cuyo centro ocupa siempre la torre ó la montaña elegida para hacer nuestras observaciones.

Si abandonando nuestro primer puesto nos trasladamos á otro punto cualquiera, observaremos igualmente el mismísimo fenómeno; siempre veremos que la tierra termina á lo le-

NÚM. 4.^o

jos por un círculo á cuya orilla no podremos llegar nunca, aunque corriésemos con la velocidad de una locomotora, aunque volásemos con la rapidez del telégrafo eléctrico. Lo que descubriéramos por un lado, perderíamos de vista por el otro, y cruzaríamos los campos y atravesaríamos los mares, y siempre nos hallaríamos en el centro de un círculo, donde solo nos sería lícito llegar con la vista.

2.^a Si viajando por el mar, y despues de algunos dias de navegacion, sin ver alrededor de nuestra nave otro horizonte que una superficie inmensa de agua, llegamos por fin á divisar la costa adonde dirijimos nuestro rumbo, lo primero que descubrimos son los picos mas elevados de las montañas, despues los montes, y últimamente los edificios y las casas de la poblacion ó del puerto en que vamos á terminar nuestro viaje. Del mismo modo que á la vuelta de un largo paseo las torres de la villa son los primeros puntos que distinguimos y que nos anuncian la proximidad de nuestras casas.

3.^a Si bajando la calle de Alcalá, dejando á un lado el paseo de la Castellana y al otro el Prado y el Retiro dejáramos á Madrid, y caminando siempre en línea recta procurásemos alejarnos todo lo posible de la corte. Si resueltos á abandonarla para siempre, lleváramos todo lo necesario para el viaje, y temerosos de que pudieran alcanzarnos, siguiéramos corriendo sin cesar hasta salir de España y atravesar la Europa; y no contentos aun, cruzáramos los mares y las nuevas tierras, y hasta las mas remotas regiones, siempre en línea recta para no equivocarnos; nuestra sorpresa sería incomparable al encontrarnos un dia con que despues de tantos trabajos y vicisitudes volviamos á entrar en Madrid por la puerta de San Vicente.

Si la figura de la Tierra no fuese redonda no veríamos siempre ese círculo que descubrimos desde lo alto de las montañas. Alguna vez sería un ángulo, alguna vez podrian los hombres haber llegado al borde de ella y hubieran tenido que doblar la esquina para seguir caminando.

Si no fuese redonda, no serian las torres las primeras que alcanzariamos á ver al aproximarnos á un pueblo; veríamos antes las casas, los árboles y todos los objetos intermedios que estando mucho mas cerca de nosotros habríamos de notarlos si no nos lo impidiese la redondez del suelo.

Si no fuese redonda, no podríamos salir de Madrid por un extremo y entrar por el otro marchando siempre en línea recta, sin doblar esquinas, ni notar en el camino ni el mas pequeño cambio de direccion.

Figurémonos por un momento que la Tierra disminuyera en tamaño y quedase reducida al de una verdadera naranja; figurémonos que el hombre disminuyendo tambien en proporcion quedase reducido al de una hormiga. Clavemos un alfiler en la naranja y pongamos junto á él á la hormiga para que á su voluntad huya ó se aproxime á aquel objeto que á sus ojos parecerá una elevada torre de bronce. Si la pobre hormiga, huyendo de la torre, quiere alejarse de ella lo mas pronto posible, le volverá la espalda y caminará en línea recta; pero á poco rato habrá dado vuelta á la naranja y se hallará sin saber cómo enfrente del alfiler cuando pensaba hallarse mas lejos. Y no tendrá necesidad de acercarse mucho para conocerlo, pues antes de llegar á ella descubrirá la cabeza del alfiler, como nosotros distinguimos la veleta de la torre antes de tropezarnos con las casas del pueblo; sucediéndole á la hormiga que por mucho que corra siempre verá al rededor suyo un suelo de naranja que le parecerá un círculo, como á nosotros nos parece el límite del horizonte.

JUAN CUESTA.



MADRID EN 1862.

CARTAS Á UNA NIÑA.

III.

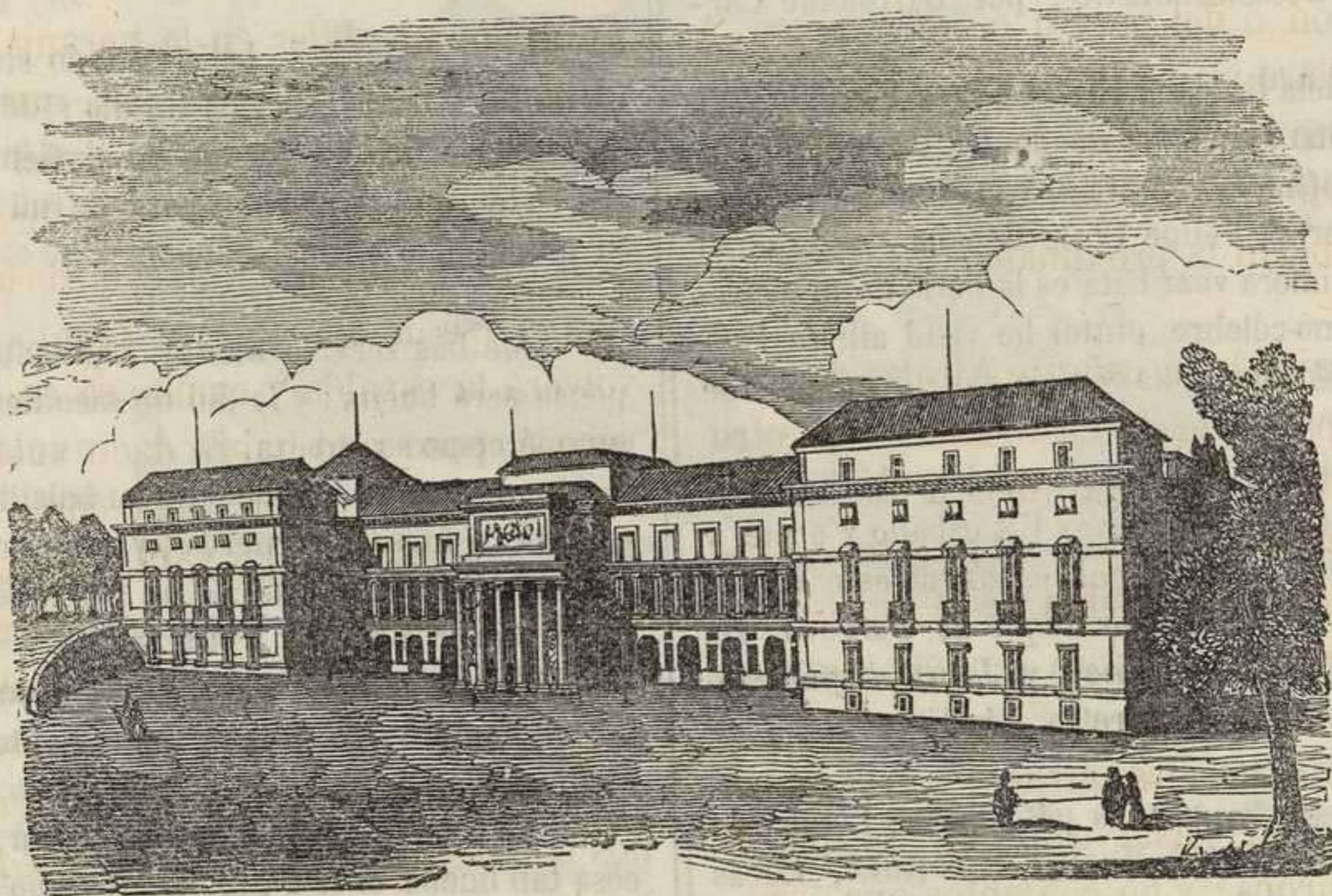
Querida mia: vuelvo en este instante de ver el Museo de Pinturas, y te aseguro que he pasado un buen rato. Ya conoces mi afición á las bellas artes, y cuanto he procurado que tú participases de ella, porque el amor de lo bello es uno de los mas hermosos atributos de nuestro sexo. Cuando tu padre procuraba que aprendieses en el colegio la historia, la geografía y otras ciencias, yo le aconsejaba que te

lentes pintoras y renombradas artistas. Cuando la niña llega á figurar en la sociedad, si su posición es desahogada, cultivando las bellas artes hará las delicias de las personas que la rodean; y si la fortuna se muestra ingrata con ella, puede encontrar tambien en sus mismas habilidades un recurso honroso para vivir.

Por eso he procurado siempre aficionarte á todo lo que es bello, ya haciéndote contemplar la inimitable naturaleza, ya haciéndote comprender las bellezas artísticas que encierran los cuadros de los grandes maestros, que íbamos á ver á los museos de Lóndres.

No sabes cuánto te he echado de menos hoy, porque el Museo de Madrid es de los que poseen en pinturas una de las mas ricas colecciones de Europa.

Es además un buen edificio, situado en el paseo del Prado, con dos cuerpos ó alas á los costados y



El Museo de Pinturas.

hiciera tomar de todo esto solo algunas ligeras nociones, lo que basta para no ignorar los fenómenos que la naturaleza presenta todos los dias á nuestros ojos, los hechos históricos que suelen citarse á cada momento en la sociedad y que nadie puede ignorar sin manifestar una supina ignorancia; pero que no te llenase la cabeza de fárrago. ¿Es preciso que una niña sea una doctora? No por cierto: despues de las delicadas labores propias de nuestro sexo, despues de las faenas domésticas, que es preciso saber hacer por sí misma si se han de saber mandar, nada hay tan propio para la educacion de una niña como la música, el dibujo, la pintura al pastel, á la aguada, y aun al óleo, no habiendo faltado mujeres que han sido esce-

una hermosa fachada en medio, que consta de una série de arcos en la planta baja y una esbelta columnata ó galería en el principal: la entrada está formada por seis grandes columnas, terminadas por un fronton.

Pero no es esta entrada, aunque la principal, la que conduce á los salones de la seccion de pintura; es preciso dar vuelta, como el que se dirige á la iglesia de San Gerónimo, esa linda bombonera gótica, como la llamó un jóven y malogrado escritor, y subir una pequeña cuesta hasta encontrar una escalinata y un pórtico.

Por este pórtico se entra en un espacioso vestíbulo, que se compone de ocho grandes columnas que

sostienen una vasta cúpula. En esta rotonda hay varias puertas, que dan entrada á las salas, donde se hallan colocados los cuadros, por órden de Escuelas.

Citarte todos los cuadros que han llamado mi atención entre tantas obras maestras, sería hacer interminable este artículo. Te mencionaré solamente algunos, no porque sean quizá todos los mejores, sino porque llamaron mas mi curiosidad femenina.

En la Escuela Florentina hay, entre otros cuadros de Leonardo de Vinci, un retrato de *Mona Lisa*, segun dice el Catálogo, no sé si por corrupcion de nombre, mujer célebre por su hermosura, casada con D. Francisco Giocondo, caballero de Florencia; un *Nuestro Señor atado á la columna*, de Miguel Angel Buonarroti; el retrato de *Lucrecia Fede*, pintado por Andrés del Sarto, su marido; el retrato de *una gran duquesa de Toscana*, magníficamente vestida de terciopelo color de guinda, y acompañada de tres niños, pintado por Angel Bronzino; *la Caridad*, por Jorge Vassari, y *el Descendimiento*, por Bartolomé Carducci.

En la Escuela Romana la *La Sacra Familia*, de Rafael de Urbino, cuadro llamado *La Perla*, porque dicen que habiéndole comprado á la muerte de Carlos I de Inglaterra, Felipe IV de España, exclamó al verle por la primera vez: Esta es la perla de mis cuadros. Del mismo célebre pintor he visto allí *la Virgen del Pez*, el *Pasmo de Sicilia* y otros muchos de gran mérito.

En la Veneciana magníficos cuadros de Tiziano: su propio retrato; los de *Carlos V* á caballo y á pié, y los de *doña Isabel de Portugal*, esposa de este emperador; *Felipe II* y *Alfonso duque de Ferrara*. De Pablo Verones, *la Magdalena*, y *Jesus disputando con los doctores*. Del Tintoretto, *Judit y Holofernes*.

En las escuelas Napolitana, Bolonesa, Lombarda y Milanesa bellos cuadros de Salvator Rosa, Lucas Jordan, el Dominiquino, el Parmegeanino y otros.

En las escuelas Flamenca, Holandesa y Alemana, esos hermosos cuadros de Rubens, en los que solia reproducir el retrato de su esposa; los de Antonio Van-Dick, especialmente *el Prendimiento*; los originales caprichos de Teniers el Joven y *Adan* y *Eva* de Alberto Durero.

En la Francesa, algunos cuadros de Nicolás Poussin.

Pero en las escuelas Españolas fué donde encontré una verdadera riqueza. De Velazquez el cuadro *de los Beodos*, el de *las Meninas*, la *Rendicion de la plaza de Breda*. De Murillo la *Sacra Familia*, la *Purísima Concepcion*, *San Gerónimo*, *Santa Ana y la Virgen*. De Ribera, la *Escala de Jacob* y esas enérgicas cabezas del Apostolado. Y, en fin, otros infinitos de notable mérito de los pintores que te he mencionado y de otros como el divino Morales, Navarre-

te el Mudo, Alonso Cano, Francisco Zurbaran, Claudio Coello, Juan Pantoja de la Cruz, Mateo Cerezo, Francisco Rizzi y D. Francisco de Goya.

Fuera no acabar nunca el enumerarte todas las joyas que posee el Museo de Pinturas de Madrid. El de Escultura, que está en el mismo edificio, no le he visto aun; pero me han asegurado que, aunque no tan rico, posee tambien cosas notables.

Vienen á llamarme á comer, y me despido de tí hasta otro dia.

SARA.

JUAN EN LA PROSPERIDAD.

[Cuento de Grimm.]

Juan, despues de haber estado siete años en casa de su maestro, le dijo un dia:

—Maestro, ha terminado el tiempo de nuestro contrato, quiero volver á casa de mi madre. Dádme si os place lo que he ganado.

Su maestro le contestó:

—Me has servido bien y lealmente; tu recompensa será buena: y le dió un saco lleno de oro, tan grande como su cabeza.

Juan sacó un pañuelo de su bolsillo, se sirvió de él como si fuese una cuerda, y colocando el saco en sus hombros al extremo de un palo, se puso en camino para ir á buscar á sus padres.

Mientras caminaba así, siempre un pié trás otro, vió un hombre que trotaba alegremente en su vigoroso caballo.

—Ah! se dijo Juan á sí mismo en alta voz, qué cosa tan buena es ir á caballo! Va uno como sentado en una silla, no tropieza en las piedras del camino, ahorra zapatos, y anda Dios sabe cuanto!

El ginete que le habia oido se detuvo, y le dijo:

—Dí, Juan, porqué vas entonces á pié?

—Porque no puedo pasar por otro punto, le contestó; llevo á mis padres este saco. Es verdad que va lleno de oro, mas no por eso pesa menos en mis espaldas.

—Si quieres cambiaremos, le dijo el caballero, te daré mi caballo y tú me das tu saco.

—Con mucho gusto, respondió Juan, pero ireis muy cargado, os lo advierto.

Bajó el ginete, y despues de haber tomado el oro, ayudó á Juan á subir en el caballo y le puso la brida en la mano, diciéndole:

—Cuando quieras ahora ir de prisa, no tienes mas que decir: Arre! arre!

Juan no cabia en sí de gozo cuando se vió á caba-

llo. Al cabo de un instante tuvo gana de ir mas de priesa, y se puso á gritar : Arre ! arre ! El caballo se lanzó en seguida al galope, y antes de tener tiempo de asegurarse en la silla fué arrojado Juan al suelo en un foso al lado del camino. El caballo hubiera continuado corriendo, sino le hubiera detenido un aldeano que venia en sentido opuesto, llevando una vaca delante. Juan de muy mal humor se levantó como pudo y dijo al labriego.

—Es una gracia muy triste el ir á caballo, en particular cuando tiene uno que habérselas con un animal tan malo como este, que le tira al suelo, con esposicion de romperse la cabeza. Dios me libre de volver á montar mas en él. Al menos con una vaca como la vuestra se va tranquilamente detrás de ella, y tiene uno además leche, manteca y queso todos los dias. Qué no daría yo por poseer una vaca como esa !

—Ya que os agrada tanto, dijo el labriego, cambiad mi vaca por vuestro caballo.

Juan se hallaba en el colmo de la alegría. El labriego montó en el caballo y se alejó con rapidez.

Juan comenzó á arrear tranquilamente su vaca contento con el cambio que habia hecho, pues pensaba entre sí :

—Con solo tener un pedazo de pan, nada me puede faltar, pues siempre tendré manteca y queso para que le hagan compañía. Si tengo sed ordeño mi vaca y bebo leche. Qué mas puedo desear ?

En la primera posada que encontró se detuvo, y consumió alegremente todas las provisiones que habia tomado para el camino. Con los dos maravedís que le quedaban se bebió un vaso de cerveza y continuó su camino arreando su vaca. Acercóse en esto el medio dia, el calor era sofocante, y Juan se encontró en un erial que tenia mas de una legua de largo. Tenía tanto calor que la sed le pegaba la lengua al paladar.

—Este mal tiene remedio, pensó para sí, voy á ordeñar mi vaca y á refrescarme con un vaso de leche.

Ató la vaca á un árbol seco, y á falta de otra cosa, cogió su sombrero, pero por mucho que apretaba no sacaba ni una gota de leche con la punta de

sus dedos. Para colmo de la desgracia, como hacia muy mal la operacion, el animal impaciente le dió una coz en la cabeza y le derribó al suelo, donde permaneció por largo rato.

Por fortuna le levantó un cortador que acertó á pasar por allí cargado con un cerdo. Juan le refirió lo que habia pasado. El carnicero le dió á beber un trago, diciéndole :

—Bebe esto para tomar fuerza, esa vaca no te dará nunca leche; es muy vieja y no sirve mas que para uncirla á la carreta ó llevarla al matadero.

Juan se arrancó los cabellos de desesperacion.

—¡ Quién lo hubiera sabido ! exclamaba. Cierto que el que la mate puede comérsela, pero á mí no me gusta la carne de vaca, no sabe á nada. Si fuera

un cerdito como el vuestro seria mucho mejor, aun prescindiendo de las morcillas.

—Escucha, Juan, le dijo el carnicero, si quieres, por complacerte cambiaré mi cerdo por tu vaca.

—Dios os premie vuestra buena accion, contestó Juan, y dió su vaca al carnicero.

Poniendo éste su cerdo en el suelo dió á Juan en la mano la cuerda con que le llevaba atado.

Juan continuó su camino pensando en su buena estrella: tenia una dificultad y en seguida estaba vencida. En esta situacion encontró á un jóven que llevaba bajo el brazo un hermoso ganso blanco. Se saludaron, y Juan comenzó á referir sus aventuras y los buenos cambios que habia hecho. El jóven le contó á su vez que llevaba aquel ganso para celebrar un bautizo.

—Mirad, le dijo cogiéndole por las alas, mirad qué peso ! Es verdad que le han estado cebando dos meses seguidos. Al que coma de este ganso asado le correrá la grasa por los dos lados de la boca.

—Sí, dijo Juan, pesa bien ; pero mi cerdo tiene tambien su mérito.

El jóven comenzó entonces á menear la cabeza mirando con precaucion á todos lados,

—Escuchad, le dijo, el cambio de ese cerdo podría dar márgen á otro mucho peor para vos. En la aldea por donde acabo de pasar han robado en este mismo momento uno del corral al alcalde. Mucho temo



Juan á caballo.

que no sea el mismo que llevais. Han enviado emisarios á recorrer los caminos, y seria una desgracia muy grande para vos si os cogiesen con ese animal; lo mejor que os pudiera suceder seria que os metieran en un calabozo.

—Ay Dios mio! respondió el pobre Juan, que comenzaba á temblar de miedo. Tened compasion de mí! Si me quisiérais hacer un favor cambiaríais mi cerdo por vuestro pato.

—Mucho arriesgar es, respondió el muchacho, pero lo haré porque no os suceda nada malo y me echeis á mí la culpa.

Y cogiendo la cuerda se llevó con prontitud el cerdo por un camino estraviado, mientras que el honrado Juan, libre de inquietud, marchaba con su pato debajo del brazo.

—Reflexionándolo bien, se decia á sí mismo, no he dejado de ganar en este cambio, pues además de un buen asado, tendré grasa para tres meses lo menos, y además, con todas estas plumas blancas puedo hacerme una almohada, en la que dormiré sin necesidad de que me mezcen. Qué alegre se va á poner mi madre!

Al pasar por la última aldea antes de llegar á su casa, vió á un afilador que daba vueltas á su rueda cantando:

Aunque soy afilador no tengo igual,
da vueltas, rueda, que el sol es tu rival.

Juan se detuvo á mirarle y concluyó por decirle:

—Estais muy alegre á lo que veo, parece que os va bien en el oficio.

—Sí, respondió el afilador, es un oficio de oro. Un buen afilador es un hombre á quien sobra siempre dinero en el bolsillo. ¿Pero dónde habeis comprado ese hermoso ganso?

—No le he comprado, le he obtenido en cambio de un cerdo.

—Y el cerdo?

—Le he cambiado por una vaca.

—Y la vaca?

—La he cambiado por un caballo.

—Y el caballo?

—Le he cambiado por un sacco de oro tan grande como mi cabeza.

—Y el oro?

—Era el salario que habia yo ganado en siete años.

—Veo, dijo el afilador, que os habeis arreglado siempre á las mil maravillas. Ahora solo os falta encontrar un medio de tener tambien siempre la bolsa llena y ya sois feliz.

—Pero cómo encontrarle?

—Hacéos afilador como yo. Para ello solo necesitais una piedra de afilar; lo demás viene por sí mis-

mo. Yo tengo una un poco descantillada, es verdad, pero os la daré de valde por vuestro pato, ¿quereis?

—No hay mas que decir, respondió Juan, soy el hombre mas feliz de la tierra. Al diablo los cuidados teniendo siempre la bolsa llena.

Cogió la piedra y dió su ganso en cambio.

—Tomad, le dijo el afilador, presentándole un guijarro muy grande que se hallaba á su piés; os regalo además esa otra piedra, que es muy buena; se puede golpear encima todo lo que se quiera, y os servirá para enderezar los clavos viejos. Llevadla con cuidado.

Juan cargó con el guijarro y se fué con el corazon lleno de alegria y los ojos bailándole en la cara.

—A fé mia, exclamó, he debido nacer de pié; obtengo todo lo que quiero, ni mas ni menos que si hubiera venido al mundo en domingo.

Pero como estaba de pié desde el amanecer comenzó á sentirse cansado. Tambien comenzaba á atormentarle el hambre, pues su alegría cuando adquirió la vaca le hizo consumir todas sus provisiones de una vez. Andaba con mucho trabajo y parándose á cada paso. La piedra y el guijarro le pesaban horriblemente: no pudo menos de pensar que seria mucho mas feliz sino tuviese que llevar nada encima. Se acercó como pudo á un charco que se hallaba próximo para descansar y beber un trago de agua, y por no hacerse daño con las piedras al sentarse, las colocó á su lado junto al agua; echándose despues de bruces comenzó á beber, mas sin querer tropezó á las piedras, que rodaron hasta llegar al fondo. Viéndolas desaparecer en el fondo dió un salto de alegría, y con las lágrimas en los ojos dió gracias á Dios que le habia librado de aquella carga incómoda, sin que fuese culpa suya.

—No hay bajo el sol, dijo, un hombre mas afortunado que yo.

Y sin carga ninguna, con el corazon mas ligero que las piernas, continuó su camino hasta casa de su madre.

(Traducido del aleman.)

JOSE S. BIEDMA.



LA INFIEL.



BALADA.

Hermosa era Giselda. Sus cabellos, negros mas que el fruto del moral silvestre, hacian resaltar la dulce palidez de su rostro iluminado por el brillo de unos ojos indefinibles como el color de la mar.

Las doncellas de la vecina aldea la miraban á hurtadillas cuando al hundirse el sol en el fondo del lago, cruzaba el valle, con la soltura de la corza, para coger conchas marinas en la desierta ribera. Los mancebos suspiraban en vano si por fortuna los claros ojos de Giselda se encontraban con los suyos, ligeros como el relámpago.

Solo el cantor Herman, Herman el de la montaña, habia logrado mas dichoso embelesar con los acentos de su laud el corazon de Giselda.

Dos años pasaron entre envidiable ternura y continuos juramentos de amor. Como Herman no tenia mas patrimonio que su laud, el siniestro espíritu habia penetrado en el corazon de la hermosa jóven, diciéndole en el silencio de la noche:

«Gallarda es tu hermosura, pero nadie te igualaria si ciñeras tu cuello con sartas de perlas, y mezclaras entre esos negros rizos encendidos rubies. Entonces serias la reina del valle; la mas seductora de todas tus compañeras.»

Ay! la débil Giselda sucumbió al demonio de la ambicion.

¿Qué podia hacer sino olvidar á su fiel Herman? Un rival opulento, el conde Rodolfo, realizó sus funestos ensueños. El misterioso laud dejó de tener eco en el corazon de la ingrata.

Desfallece de dia en dia el cantor de la montaña. Su voz, perdida entre el murmullo del lago, va á morir en el fondo de las aguas, sin que un suspiro responda como en mejores dias á la amorosa trova.

Vaga en la soledad de la noche por la desierta orilla, y cuenta sus pesares al blanco lucero que para consolarle detiene su curso sobre la linfa azulada.

Herman desaparece al fin de aquellos lugares, testigos de su infortunio, como antes de su felicidad.

La hora de la expiacion va á sonar en el corazon inconstante de Giselda.

Entibiase la pasion en el alma de Rodolfo, y al poco enlaza su mano con la de una ilustre dama, ante el ara sagrada de la religion. ¿A dónde volverá sus ojos la abandonada campesina?

En vano, arrepentida, evoca bajo el peso de su crimen los puros recuerdos de su leal amante, aquellas memorias tan risueñas como el primer sol de mayo.

En vano renunciando á todo reposo va sin cesar á las orillas de aquel lago, donde su noble Herman le ha cantado tantas veces sus amores.

Pregunta á las olas, y al romperse en las arenas mienten para atormentarla suspiros de dolor. Hasta el blanco lucero, testigo un tiempo de su dicha, se oculta entre nubes cuando sus ojos le buscan.

Una noche ¡ay! el sonido vago de un laud llega á su corazon, atravesándolo como una saeta de dos filos.

Revuelve en derredor su mirada, ya sin brillo, ni alegria. Recorre ansiosa la desierta ribera, y entonces ¡miserable Giselda! pendiente de las encorvadas ramas de un sauce solitario ve el laud de su fiel Herman, que ha resonado como una arpa eólica: inclina sus ojos á la tierra y descubren en ella una modesta cruz que las ondas del lago salpican de vez en cuando con sus lágrimas.

ANTONIO ARNAO.



La cruz del sepulcro.



LA PAJA, EL CARBON Y EL HABA.

Cuento de Grimm.

En una aldea vivía una mujer muy pobre que había recogido un puñado de habas. Para cocerlas encendió lumbre en el hogar, y para que ardiese mas pronto arrió un puñado de paja. Cuando echó las habas en el puchero se la cayó una por casualidad, que fué á parar al suelo junto á una caña de paja; no tardó en reunírseles un carbon encendido que vino rodando desde el hogar. Entonces comenzó á hablar la paja :

—De dónde vienes, querido amigo?

El Carbon respondió:

—He saltado del fuego por mi buena fortuna, y sino lo hubiese hecho con fuerza mi muerte era segura; hubiera sido convertido en ascua.

La Haba dijo :

—Yo he salvado tambien mi cabeza, pues si me hubiera echado la vieja en el puchero, hubiera sido cocida sin compasion con mis demas compañeras.

—Mi fortuna ha sido mucho mejor, dijo la Paja, la vieja ha convertido en fuego y humo á todas mis hermanas; casualmente me he escapado de entre sus dedos.

—Pero qué debemos hacer? dijo el Carbon.

—Me parece, contestó el Haba, que pues hemos sido tan dichosos que nos hemos escapado de la muerte, debemos hacernos compañeros, y para no esponernos aquí á una nueva desgracia, marcharnos juntas á un pais extranjero.

Agradó á todos la proposicion y se pusieron juntas en camino. Pero pronto llegaron á un arroyo que no tenia puente, por lo que no sabian cómo pasarle. Mas la Paja las dijo despues de haber reflexionado un rato.

—Yo me volveré de través para que podais pasar por encima de mí como sobre un puente.

La Paja se volvió en seguida encima de las dos orillas, y el Carbon, que era de naturaleza ardiente, comenzó á caminar muy despacio sobre el puente de nueva invencion. Pero en cuanto llegó al medio y oyó al agua correr furiosa por debajo de él empezó á asustarse, se quedó parado y no pudo dar un paso mas. La Paja comenzó entonces á arder, se hizo dos pedazos y cayó en el arroyo. El Carbon la siguió poco despues, silbó al caer en el agua y desapareció. El Haba, que por su buena suerte se había quedado á la orilla, comenzó á reir de la aventura, no pudo contenerse, y rió tanto que se reventó al fin. Pero por casualidad, sino por fortuna, se detuvo á descansar en aquel arroyo un sastre que venia

de viaje, y como era hombre de corazon compasivo, sacó agujas é hilo y la cosió. El Haba le dió gracias de la mejor manera que pudo, y como el hilo que llevaba era negro, desde aquel tiempo todas las habas tienen una costura negra.

(Traducido del original aleman.)

B.

ESPLICACION del PLIEGO DE DIBUJOS para bordados que se reparte á las señoritas suscriptoras á la edicion especial con este pliego.

- NUM. 1. Cuello bordado al minuto.
 NÚM. 2. Puño correspondiente.
 NUM. 3. Escudo bordado á plumetis.
 NÚM. 4. Cenefa bordada de aplicacion, para alba ó sabanilla de altar.
 NUM. 5. Esquina de pañuelo bordada á plumetis.
 NÚM. 6. Entredos á la inglesa.
 NÚM. 7. Otro á la inglesa y pasado, para ropa de niño.
 NUM. 8. Otro de bordado telegráfico para enagua.
 NUM. 9. Otro á la inglesa.
 NUM. 10. Cenefa bordada al minuto, para gorras de mañana.
 NUM. 11. Esquina de pañuelo, bordado al minuto.
 NUM. 12. Escudo bordado á plumetis.

El ABECEDARIO que se reparte tambien con este número no necesita esplicacion para nuestras entendidas suscriptoras.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1862.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.